

## BIBLIOGRAFIA

SUAREZ ZULOAGA, Ramón: *"Los Zuloaga". Dinastía de Artistas Vascos*. Museo Zuloaga, Zumaya. San Sebastián, 1988, 326 pp.

Juzgamos un acierto haber complementado la figura insigne de un artista de excepción, como el pintor Zuloaga, con su entorno familiar, ya que descollaron en éste otras figuras notables de diversas artes que la costumbre ha designado como menores, cuando en ellas pueden surgir verdaderos genios.

Sí es verdad que en la familia que nos ocupa condicionan la figura principal armeros, damasquinadores y ceramistas. El terreno era propicio para que de él brotaran artistas destacados. Hoy vemos el conjunto, en el volumen que los nietos del pintor bajo la dirección de Ramón Suárez Zuloaga, se decidieron a publicar.

Exigía una reivindicación. En realidad ésta ya había comenzado, y como hecho notable, con la exposición de dibujos que pudo ser contemplada el presente año 1989 en el Museo de San Telmo de San Sebastián, y que se repitió recientemente en el Museo Bonnat de Bayona.

Además, parece que el Ejecutivo Vasco va a facilitar su montaje en Nueva York, y probablemente en París y en Madrid, por supuesto.

Nos permitimos en su día hablar en la prensa ("El Diario Vasco") del "Retorno de Zuloaga". Lo motivó el ver una vez más la potencia dibujística de éste, los recios rasgos con que pergeña sus personajes y el paisaje. Nunca nos explicamos el injustificado silencio en que se vio envuelta su figura después de su muerte. El pintor de la Meseta, de la tierra castellana, ese paisaje del que sin aparente contenido extraía unas líneas vigorosas que parecían clavar sus uñas en la tierra y en la piedra.

Transcurrieron años. Otros estilos devoraban el tiempo pasando por encima de él, pero... sabíamos que un día nos lo devolvería la historia con la pátina de unos lustros como enriquecimiento de sus lienzos.

Mas el volumen que intentamos comentar nos habla de otros Zuloagas, y aunque nos tira don Ignacio con la fuerza de su obra, con su cromatismo, es preciso atender a todos los artistas familiares que le anteceden, aun cuando no correspondan a la parte plástica.

Con dicho volumen Eibar tiene un trozo de historia viva de sus hijos notables.

Varios autores se han encargado de contarnos la actividad de los elementos más característicos de esta biografía familiar.

Desde el encaje genealógico, a cargo de Endika Mogrobejo, hasta la descripción de las variadas artes cultivadas por los destacados eslabones de esta cadena, ha correspondido a buenos conocedores del trabajo de los Zuloaga, desde el siglo XVI.

"El compendio biográfico" lo lleva a cabo Margarita Zabala. Ramiro Larrañaga titula su aportación: "Armeros, Grabadores, Damasquinadores". De "Daniel Zuloaga, ceramista", nos habla M<sup>a</sup> Jesús Quesada y, finalmente, el trabajo "El pintor Zuloaga" lo afronta Juan San Martín, para terminar su hijo Oier la parte bibliográfica.

Es una historia minuciosa, muy bien ilustrada con abundantes muestras de las actividades ejercidas por cada uno.

Aparece la figura de Ramón Zuloaga, destacado maestro armero al servicio del Rey. Vemos cómo convierte unas simples pistolas en verdaderas obras de arte con labrados y tallas, aun tratándose de elementos utilitarios. El editor se ha esmerado en las reproducciones fotográficas de los objetos.

Otro miembro de la familia es Eusebio, arcabucero del Rey y Armero Mayor, cuya vida y acción, así como la perfección de sus obras, es el correlato del pintor. Cómo manejaba el hierro con el oro y la plata en eso que se ha llamado "trabajo de Toledo o de Eibar".

¿Arte menor? Quizá, pero de máxima perfección. Por lo que respecta a la persona, puede deducirse del señorío de su obra. Llega a reproducir la espada de Francisco I de Francia. Aquel rey que fue aprisionado por Juan de Urbieta en Pavía. Prodigas dagas y espadas, muy alejado en su obra de lo que puede ser un instrumento "útil". (Véase la escopeta que se halla en el Museo de la Armería de Vitoria). La reproducción, distribuida por distintos museos da fe de lo exquisito de su trabajo.

En este galopante recorrido llegamos al ceramista de la familia, a Daniel, del cual se encarga, como hemos dicho, M<sup>a</sup> Jesús Quesada, y cuya imagen vigorosa plasmó en excelentes retratos su sobrino Ignacio. Esos retratos que imponen por sus trazos, y que en ellos revela la tempestad anímica del artista y su genio.

Este hombre relleno ángulos y fachadas, rincones, paramentos y arcos con la decoración que las personaliza. El Palacio de Cristal, del Retiro, la Escuela de Minas, la Estación de Cartagena, la plaza de Toros de San Sebastián (desaparecida), casas particulares, y un sin fin de obras que parece imposible que hayan sido realizadas en una vida. San Sebastián cuenta con algunas cerámicas de Daniel Zuloaga.

Su influencia familiar fue decisiva para la futura carrera del pintor. El supo notar sus dotes, y en sus largos recorridos por Castilla, aprendió a ver el paisaje de la Meseta y a captarlo con sus gentes, o en "seco", dominando con sus líneas lo que el color muchas veces le negaba. Con frecuencia sabía sacar de la nada el alma que esa aparente nada le ocultaba. Y es en los retratos de Daniel donde mejor se capta lo que luego será el pintor en la figura humana. A éste queremos dedicar los últimos comentarios, puesto que él cierra el círculo familiar en el arte hispánico, que en esta estirpe comienza con una artesanía, que se va depurando en arte. Artesanía que prepara la cuna del gran pintor Ignacio Zuloaga, al que dedica un buen trabajo Juan San Martín. Biografía que resume muy bien la larga trayectoria de ese hombre que descubrió Castilla para los ar-

tistas, que supo situarse por encima de corrientes dominantes en el París de fin de siglo; que impuso su personalidad y gozó del respeto de cuantos bullían en el paisaje plástico de aquella época.

Y volvemos por un momento a Ramiro Larrañaga. Ha sabido reunirnos una considerable colección de testimonios donde puede seguirse lo realizado por Eusebio Zuloaga y la categoría que alcanzó en este terreno de las armas de lujo, que convierte, según se ha dicho, la artesanía en arte. Y su hijo Plácido es instaurador y máximo artífice del damasquinado. Se trasluce su recia personalidad en el retrato que su hijo Ignacio, nuestro gran maestro, le hizo en el taller de Eibar.

A él se le debe el esplendor y difusión del citado damasquinado, que se aplica desde entonces a múltiples objetos (jarrones, relojes, cofres, arquetas, etc.). Muestra destacada es el reloj que labró, cinceló y damasquinó Plácido como regalo de la Reina María Cristina de Borbón a Napoleón III con motivo de su boda. Tal reloj al correr de los años vino a parar a la casa de los Zuloaga en la hoy Santiago-Echea de Zumaya. Joya destacada es la caja fuerte del Hotel Dorchester de Londres, y tantas obras más que dejan como indiscutible el nombre del artista. Y todo ésto nos lo da a conocer en su información gráfica esta biografía familiar de "Los Zuloaga".

Al hojear la última parte del libro, puesta la vista ya sólo en el pintor, ha de reafirmarse uno en los juicios tantas veces emitidos que hablan de su recia fibra en esos "Tipos segovianos", como el del Museo de Arte Moderno de Madrid, o el de "Gregorio el Botero", el de Belmonte o Falla. ¿Y qué decir de "La víctima de la Fiesta", imagen verdaderamente trágica por lo que representa?

Juan San Martín ha trazado una biografía del hombre con preferencia, más que un análisis de su obra, para la que tenemos la avalada por la firma de Lafuente Ferrari.

El paisaje humano que hizo posible la creación artística de diversos ambientes nacionales y extranjeros, las gentes del noventa y ocho (véase el dibujo "Mis amigos": Ortega, Marañón, Valle Inclán, etc.) ha sido recogido por los autores de esta parte de la edición que ha preparado Ramón Suárez Zuloaga.

En resumen, nos hallamos ante una publicación original por el hecho de ser una "saga familiar", con una serie de figuras que van preparando la eclosión final en el gran Ignacio Zuloaga.

Quizá la propia presentación en blanco y negro contribuya a darle el carácter de cosa añeja. No sabemos si el efecto fue buscado o surgió espontáneamente.

Hemos de mencionar con la loa correspondiente, al presentador, nieto del artista, Ramón Suárez Zuloaga, que con sus hermanos M<sup>a</sup> Rosa y Rafael hicieron posible esta excelente obra.

El prólogo ha corrido a cargo de Juan Ignacio Uría, y el epílogo al de don Federico Sopeña.